

La primera vez que entré en crisis, sentí que nunca más iba a poder volver a respirar. El aire entraba con facilidad a mis pulmones pero, al momento de exhalar, una mano invisible imposibilitaba tal cotidiana acción.

- ¿¡Qué te pasa, Pilar!? ¡Respondé!- gritaba con desesperación mi mamá, rogando (a quién sabe qué deidad), que su hija pudiera despedir el aire contenido en su pequeño cuerpo. Y en menos de diez minutos, solicitaba a viva voz atención médica en el hospital, donde después de recuperarme ambas exhalamos un suspiro de alivio a la vez. Cada una expulsando algo; yo, el aire, ella, las lágrimas...

Los días se transformaron en meses, y posteriormente en años. De médico en médico, de remedio en remedio, nunca paraban de buscar la forma de solventar mis crisis asmáticas.

- Miki, allá en Uspallata ha llegado un brujo- comentaba mi tía, en su visita rápida a la ciudad.
- ¿Y? ¿Crees que lo conozco porque soy bruja?- bromeaba mi mamá
- No, bueno capaz sí, pero me refiero a que podrías llevar a la nena. Dicen que cura todo con plantas- Un destello de esperanza se asomó en su semblante, pero no quería ilusionarse, durante estos años se llevó muchas decepciones con mi diagnóstico.
- Voy a ver, no creo que un 'yuyito' pueda hacer tanto.

Uspallata era de esos pueblitos pequeños en donde todos se conocían entre sí, abundaba en el ambiente un olor a leña quemada y jarilla de la montaña que, mezclado con la frescura del piedemonte, despertaba un sentimiento de calidez emocional a todo aquel que supiera apreciarla.

El supuesto brujo no era lo que esperábamos, durante el trayecto me hice a la idea de encontrar algún desequilibrado que propusiera como terapia abrazar un árbol, por el contrario nos abrió la puerta un sencillo octogenario.

Mis nervios eran palpables en el momento que accedí (más bien mi madre) a seguir el tratamiento.

- ¿Usted es un brujo?- el anciano lanzó una carcajada.
- Soy un homeópata, niña. Simplemente un hombre que un día descubrió de dónde vino, y con ese descubrimiento desencadenó las maravillas que nos brinda la naturaleza para curarnos, alimentarnos y crecer.- respondió, dirigiéndose a paso lento a buscar un frasco con hojas.
- ¿Eucalipto? ¿Viajamos desde tan lejos para que nos diga que los pulmones de mi hija se desinflan con eucalipto?
- Eucalipto, orégano, regaliz, cientos de plantas pueden ayudar a combatir la enfermedad de su hija.
- ¿¡Y porqué viajamos tanto!? Hubiera conseguido esos yuyos en el jardín de mi vecina.- respondió con enojo, dudando del anciano, de las plantas, y también de la naturaleza que había dejado que su hija pareciera tal afección...

Resulta que la vida a veces nos sorprende gratamente, nos regocija por momentos tan intensos como efímeros.

Las crisis disminuyeron con los famosos 'yuyos', y el brujo me enseñó a conseguirlos y prepararlos.

- Cada mal tiene su cura, niña.- decía el viejo.

Pero hay cosas que cura no tienen, y el tiempo es una de ellas. Para cuando se fue de este mundo me regaló cientos de frascos, y un libro enorme con indicaciones muy específicas de qué hay que hacer en cada enfermedad a tratar.

Dicen que San Martín era homeópata, que fue uno de los primeros en practicar la 'medicina de los yuyos' en el país. Desconozco su veracidad, no tengo idea si el Gran General poseía esos conocimientos. Sin embargo, me encantaría saber que al Libertador lo motivaron las mismas razones que al viejo para aprender de las plantas. Porque hasta el día de hoy recuerdo al hombre que descubrió de dónde vino, y desencadenó las maravillas que nos brinda la naturaleza para curarnos y crecer...